



Enric Sopena
Periodista.

Todos juntos en unión

La Iglesia tiene, sin duda, el derecho y, desde su respetable perspectiva, la obligación de oponerse a la legalización más plena del aborto. No debería hacerlo, sin embargo, con argumentaciones falaces

El obispo de Mondoñedo-Ferrol, **José Gea**, hizo pública el 8 de julio una pastoral sobre la ampliación de la ley reguladora del aborto. **Gea** dirigía al presidente del Gobierno la siguiente interpelación: **"¿No le parece que un obispo debe desaconsejar el voto a un partido que promueve el mayor genocidio de la historia?"** Tal vez acusación contra el PSOE, a cuyo lado **Herodes** o **Hitler**, por citar sólo dos casos de entre la abyecta legión de exterminadores, habrían sido meros aprendices; semejante requisitoria de monseñor **Gea**, famoso por el uso ultramontano que acostumbra a hacer del púlpito, no ha sido única. El primero en practicar la cristiana virtud de la calumnia fue **Antonio Cañizares**, obispo de Ávila, para el cual la prevista despenalización constituye una prueba de la voluntad tiránica del socialismo, según escribiera este seráfico pastor de almas el día 5 del mes pasado. **Rosendo Álvarez Gastón**, colega de ambos, redactó asimismo una tremenda soflama, difundida el 23 de julio. **Álvarez Gastón**, prelado de la diócesis de Almería, sentenció también a propósito del aborto: **"Quieren destruirlo todo, para no encontrar resistencia a sus proyectos absolutistas. Ya saben las personas decentes a quiénes no pueden apoyar políticamente (...). Están creando una cultura de la muerte, (porque) no les parece suficiente la corrupción"**.

La cultura de la muerte fue precisamente cómo el órgano oficial del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, tituló el día de San Fermín un artículo contra los proyectos del Gobierno español relativos al aborto. El comentario lo firmaba **Gino Concetti** y su tesis última consiste en asimilar tales proyectos a **"una ideología totalitaria"**. ¡Cuánta desmemoria, o cuánto cinismo, respecto al papel de la Iglesia a raíz del gran estallido de la cultura de la muerte, registrado en nuestro país durante la Guerra Civil, cuando los jerarcas católicos, salvo honorabilísimas excepciones, bendecían la sublevación militar, respaldaban al Ejército faccioso y, desde luego, se apresuraban a la connivencia con el nuevo régimen, aprovechándose de regalías y prebendas varias! Mientras, asistían benevolentes a escenas tan repugnantes como la vivida en Salamanca el 12 de

octubre de 1936, con el fanático general **Millán Astray** glorificando a la muerte y ultrajando a don **Miguel de Unamuno**, quien postergado y humillado moriría apenas tres meses después. ¿Qué concepto de la cultura de la muerte tendría el dominico apellidado **Fraile**? Sobre éste recayó el honor de pronunciar el sermón en la catedral salmantina con motivo del *Día de la Raza*, como era denominada entonces la fecha del 12 de octubre, y cubrió de todos los elogios posibles al general **Franco**, porque había iniciado la recuperación del **"espíritu de una España unida, grande e imperial"**.

La Iglesia tiene, sin duda, el derecho y, desde su respetable perspectiva, la obligación de oponerse a la legalización más plena del aborto. No debería hacerlo, sin embargo, utilizando argumentaciones falaces o transformando el debate en un proceso de intenciones perversas, adjudicadas a cuantos no coinciden con sus planteamientos. Cometer la villanía de atribuir

al Gobierno, al partido que lo sustenta y, por lógica, aunque implícita extensión, a los millones de simpatizantes y de votantes sórdidas pretensiones totalitarias, ruines afanes destructores o criminales estrategias genocidas, únicamente demuestra que estos sectores de la jerarquía católica continúan anclados en la aciaga tradición del Tribunal del Santo Oficio, especializado en satanizar al disidente o al adversario. Recuerda la actitud más profunda de aquel clero que actuaba, siempre y por lo general, como piadosa coartada de los poderosos de este mundo, mucho más cerca de los fariseos y de los escribas que, por cierto, de **Jesús** el Nazareno.

La postura reseñada es tanto más grave, o significativa a los efectos de la teoría de la confabulación, cuanto que arroja a la opinión pública ideas reiteradas desde otros frentes empeñados, más que en sustituir, en aniquilar a **González**, **Antonio García-Trevijano**, uno de los ideólogos de esa especie de conspiración o, al menos, de inequívoca conjunción de intereses, denunciaba el 31 de julio en *El Mundo* que estamos sometidos a una tiranía. **"Delenda est Tyrannis"**, clamaba **Trevijano**, no atreviéndose a llegar tan lejos como **Ortega** cuando publicó en *El Sol*, poco antes del 12 de abril de 1931, su célebre artículo **"Delenda est Monarquía"**, a pesar de que este combativo y sinuoso notario se sienta llamado a presidir la tercera república, presidencialista, alérgica a los partidos y con un inconfundible sabor berlusconiano. En su llamamiento a destruir al tirano, se interrogaba **Trevijano**: **"¿Dónde suena en España (...) el emancipador grito popular de libertad que espante al tirano?"**

Resuena gracias a las gargantas de cuantos cantan ante **Garzón** y de los que propagan tales cánticos otorgándoles infalibilidad casi total; gracias a las maniobras combinadas, cada vez más perceptibles, de multimillonarios como **Conde**, **De la Rosa** o **Ruiz-Mateos**, con sus sicarios habituales, cual **Amedo** o **Perote**, entre otros. También resuena, como música celestial, entre aroma de incienso y susurros de sacristía y confesionario, merced a ciertos obispos. Cuento, pues, el señor **Trevijano**, también con la Iglesia. Todos juntos en unión, contra el tirano.

